

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ MÁRQUEZ
Ed.

INDICE
VOLUMEN I

I PARTE 15

Presentación "150 Años de I. E. y C. de Huelva" 17

**EL INSTITUTO LA RÁBIDA
CIENTO CINCUENTA AÑOS DE EDUCACIÓN
Y CULTURA EN HUELVA**

por Juan Antonio González Márquez 21

II PARTE 31

Historia del Instituto La Rábida, por Juan Carlos
de Lara Rodeñas 33

Génesis y evolución de la Educación Secundaria en España
por Consuelo Domínguez Domínguez 113

*Los orígenes de la Real Sociedad Colombiana Onubense
y el Instituto La Rábida*, por Manuel Pareda Martín 129

Los alumnos del Instituto General y Técnico de Huelva (1897-1974)
Una propuesta de investigación sobre género y educación
por Jesús Hurtado Barreno 137

III PARTE 153

*Semblanzas de profesores, alumnos y directores del Instituto que han de recordarse por sus
aportaciones a la cultura, la ciencia, la educación, las artes.* 153



EL INSTITUTO LA RABIDA
CIENTO CINCUENTA AÑOS DE EDUCACIÓN Y
CULTURA EN HUELVA

II

© JUAN ANTONIO GONZÁLEZ MÁRQUEZ (EDITOR)
Edita: Diputación Provincial de Huelva. Servicio de Publicaciones.
Coordinación y cuidado de la edición: Josefa Feria Martín.
Diseño de cubierta: Victor Pulido, Gabinete de Diseño Grafico
de la Diputación de Huelva.
Depósito Legal: H-54-2007
I.S.B.N. 978-84-8163-427-3 (Obra Completa)
I.S.B.N. 978-84-8163-429-7 (Volumen II)
Impreso en España / Printed in Spain

**INSTITUTO LA RÁBIDA DE HUELVA.
RECUERDOS DE LOS CURSOS 1958-59 A 1960-61**

por

Jacinto Choza Armenta

Huelva. El Conquero. Las marismas. El Santuario de la Cinta. El parque. El primer amor. Hacer guardia bajo los luceros. Platón. El sentido de responsabilidad. Los primeros cigarros. Los sueños más fantásticos. Los chocos fritos de los domingos por la tarde en la calle Concepción. El cine. La libertad, la autonomía. Entre los 13 y los 16 años. Empezar a vivir. Todo eso se agolpa en mi mente en relación con el Instituto de Huelva.

Llegué al Instituto de Enseñanza Media "La Rábida", y al Colegio Menor Santa María de la Rábida, en octubre de 1958, para iniciar los estudios de bachillerato superior, es decir, quinto curso de bachillerato. El Colegio Menor estaba en el Conquero, enfrente del Instituto, y era un palacete antiguo que se alzaba sobre un cabezo por detrás del nuevo edificio de Educación y Descanso, donde hacían su servicio social las jóvenes, según las directrices de la Sección Femenina de Falange Española.

Venía yo de un pueblo de la cuenca minera, Nerva, donde mi padre trabajaba como médico. Allí había vivido la miseria de los hombres sin trabajo, sin salud y sin futuro, y había visto los certificados que mi padre tenía que dar a los emigrantes que marchaban a Alemania, a Bélgica, a Francia. Centenares.

El instituto albergaba también la Escuela Normal de Magisterio. En el bachillerato superior el régimen de enseñanza era mixto, pero el número de chicas era escaso. Ocupaban solo la primera fila de la clase, pero la ocupaban entera, e irradiaban una especie de protección contra las expresiones de mal gusto que utilizábamos profusamente en ausencia de ellas.

Inicialmente el compartir la clase con chicas tenía un cierto "morbo", que provocaba cuchicheos por ambas partes, pero el hábito disolvía la extrañeza y la convivencia entre los sexos transcurría con la mayor normalidad.

Era un edificio nuevo, magnífico, luminoso y amplio, con un patio central que ahora recuerdo como grande, donde los sábados por la mañana arriábamos la bandera y cantábamos el "Cara al sol". Don Antonio Palma, el director y catedrático de Literatura presidía el acto. Se cuchicheaba de él que era rojo, que era un sabio y que le gustaban mucho las mujeres. Para mí, a mis 14 años, era un buen profesor y un hombre simpático.

El hombre sabio por excelencia era don José Sarrión, catedrático de Física y Química. Pocas veces vi disfrutar tanto a alguien dando clases. La física podía presentarse como una colección de curiosidades apasionantes, y la química también. Ser científico parecía maravilloso.

Por otra parte, don Jacinto Prieto del Rey, catedrático de Filosofía, que no disfrutaba menos con la enseñanza de su materia. Cuando al pasar a 6º de bachillerato me encontré con él y con sus clases, mis dudas sobre si estudiar Medicina o Arquitectura se disiparon. Estaba claro que estudiaría Filosofía y Letras, especialidad de Filosofía Pura, y me especializaría en metafísica. De su mano leí mis primeros diálogos de Platón y los primeros de San Agustín. Todo era fascinante. Lo que me daba a leer y lo que contaba en clase. Allí se esclarecían un montón de preguntas que me había formulado en años anteriores. Además tuve la suerte de hacer amistad con su hija María Victoria, a la que recuerdo como una amiga maravillosa. Ella me invitó alguna vez a su casa, que, por don Jacinto, me parecía la cueva de Alí Babá del saber.

Las hermanas Vázquez enseñaban Ciencias Naturales y Lengua Francesa. Gracias a la primera nos recorrimos el parque buscando hojas de árboles y clasificándolas para nuestros herbolarios. No recuerdo el nombre de la profesora de Matemáticas. Sólo recuerdo que aprobé su asignatura de 5º en junio por lo guapa que me parecía, por pundonor. No podía quedar mal ante una mujer que me parecía tan adorable.

En el último curso, preuniversitario, enfocado a temas monográficos, nos tocó estudiar hidrografía española en Geografía, Góngora y el Polifemo en Literatura, y la libertad en Filosofía. Es la primera vez que me zambullí en el universo gongorino, de la mano de Dámaso Alonso, cuyo estudio sobre el Polifemo nos servía de texto, y de la mano de don Antonio Palma. Era pesado estudiar la hidrografía, pero era grandioso sumergirse en el Polifemo.

El Colegio Menor estaba enfrente, cruzando la calle. Subíamos el cabezo y llegábamos. Teníamos un uniforme. Pantalón gris, chaqueta azul

con el escudo del colegio en el bolsillo superior, y camisa gris perla. La chaqueta, para los actos solemnes. Para diario, un jersey azul azafata. Para deportes, un chandal color burdeos.

Nos levantábamos hacia las 7 de la mañana o quizá más temprano, con una música estridente sonando por todos los altavoces del colegio. La marcha triunfal de Aída, el coro de los prisioneros, en versiones a solo de trompeta que removían las literas de dos pisos que en grupos de 10 ó 20 componían los dormitorios. Antes del desayuno teníamos una hora de estudio. Los que querían podían en ese tiempo ir a misa. A las nueve nos íbamos a nuestros destinos, el Instituto, la Escuela de Magisterio y la Escuela de Peritos de Minas.

Esas eran las opciones posibles en la Huelva de finales de los 50, y ese era el horizonte de la mayoría de los internos. El Colegio Menor pertenecía a la Falange, y estaba regido por licenciados de la Escuela de Mandos José Antonio, de Madrid. El director era Juan Alonso Beighau, y el secretario Pedro Alonso. Se enseñaba libertad, responsabilidad, veracidad, y un montón de cosas positivas y buenas. Juan Alonso era un buen director. Cuando se fue, se notó mucho.

Celebrábamos las fiestas de la Falange, y cada año, en el aniversario de la muerte de José Antonio, velábamos su tumba en la Cruz de los Caídos que estaba en el puerto. Como era noviembre, solía hacer frío. Nos poníamos un poncho militar, y luego íbamos a los locales del Frente de Juventudes donde nos tomábamos una copa de coñac o dos, antes o después de una partida de cartas o de dominó. Los profesores velaban para que los pequeños no cometiéramos excesos. No los cometíamos.

El Colegio Menor logró que muchos jóvenes de la provincia tuvieran posibilidades de abrirse un cierto horizonte. En los pueblos no se podía estudiar bachillerato. La escolarización era muy deficiente y había muchos analfabetos. No eran raros, en el instituto y en el colegio, los huérfanos de guerra o de postguerra. A Viki (Vicenta) los maquis le habían matado a su padre, los hermanos Vizcaíno, madrileños, también eran huérfanos, y tenían becas para estudiar en el Colegio Menor. Quizá en el colegio había también huérfanos de guerra del bando republicano, pero no se sabía. Bibiano Tello, de Niebla, era el decano de los estudiantes, que dialogaba con el director algunas decisiones importantes. Era un hombre sensato y bueno, como la mayoría de los colegiales. El ambiente, a pesar de todo, no estaba muy politizado. La Falange era una superestructura oficial a la que para nosotros no era necesario adherirse, y no lo hacíamos, aunque en algunos campamentos de verano llevásemos como uniforme la camisa azul. Para muchos era la única forma posible de veranear.

Aguilar, Cerrato, Barbosa, Núñez, Patiño... esos eran algunos nombres. También estaban los motes. Hacíamos excursiones, algunas excep-

cionales. Para mí fue inolvidable la de una semana de duración con una tienda de campaña caminando hasta Isla Cristina. Hacíamos deportes. Fútbol y balón boleado, que tenía mucha aceptación en el colegio. Alguna vez, nos daban entradas para ir al teatro, y eso fue para muchos el primer contacto con los escenarios. Las fiestas más normales eran las de los fines de semana. Ir al cine, poder entrar en las películas de mayores, ir a los bailes, aprender a bailar, presumir de haber paseado o llevado al cine a alguna amiga muy guapa, presumir de algún lance erótico, comentar las películas con la profundidad de que éramos capaces. La época estaba marcada por grandes producciones. «La gata sobre el tejado de zinc», «Al este del Edén», «Gigante», «Esta tierra es mía».

El curso 1960-61 se terminó de construir el nuevo edificio del Colegio Menor, junto a la Morana, lo que entonces era el manicomio de Huelva, y nos trasladamos al edificio nuevo. A veces, desde lejos, oíamos gritar a los locos. Pero el edificio era más cómodo y confortable. Vino Franco a inaugurarlo, y estuvimos mucho tiempo ensayando la ceremonia de inauguración y la recepción. Creo que es la única vez que vi a Franco de cerca. A mis 16 años me chocó la diferencia entre lo que mi imaginación había fabulado de él y su presencia real. Me pareció un hombre normal, más bien poca cosa, y fue como una especie de decepción para mí.

El Instituto, la Escuela Normal, la Escuela de Peritos de Minas y el Colegio Menor eran las instituciones que constituían el máximo horizonte cultural en Huelva a finales de los 50. Había también teatro, cines, algunas exposiciones de pintura, alguna revista literaria y cenáculos poéticos. No sé si podía percibirse ya entonces el resurgimiento del país que iba a producirse en los 60, 70 y 80. En ese ambiente de preludio y de despertar empecé a abrirme a la vida, a tomar conciencia de mí mismo y a determinarme en algunos sentidos. Tomé las decisiones de hacerme filósofo, cristiano, liberal, fumador, porque tuve ocasión de vivir experiencias intelectuales y político-religiosas que me hicieron ver la sintonía de mi carácter con todas esas formas de afrontar la vida.

Ahora Huelva tiene una universidad con un digno número de centros, sus pueblos tienen en su mayoría centros de enseñanza secundaria, formación profesional, una industria conservera de pescado, hortalizas y fruta, unas empresas cárnicas con productos de primera calidad mundial, y una industria turística de primera fila.

Volver después de 45 años y encontrar todas esas mejoras en todos los sentidos, ensancha el alma y la llena de gratitud y satisfacción. Nadie tiene que irse al extranjero para encontrar un modo de ganarse la vida.

El curso 1961-62 me fui a Sevilla a empezar la carrera de Filosofía y Letras, y ya no volví a Huelva más que de visita, muchos años después.

Todas estas mejoras son el fruto del trabajo de los que se quedaron, de las instituciones y personas que he mencionado, y del tono general del contexto, es decir, del clima general de la sociedad española. Todo eso hizo que Huelva cambiara tanto para bien, y todo eso hizo posible que yo me descubriera y encontrara conmigo mismo como lo hice. Huelva, el instituto y el colegio menor, mis maestros y mis compañeros de entonces, son la tierra, el agua y el sol con los que he crecido y desde donde se me ha dado una vida por la que tengo que expresar mi agradecimiento.

Sevilla, 26 de octubre de 2005.

EL INSTITUTO Y YO

per

Miguel Garrido Palacios

Mi relación con el Instituto La Rábida tiene sus claves. Una es que allí estudié cuando era un regalo en una de sus aulas, de la que quedé enamorado en tal estado, que lo diéron por muerto y se le hizo calificar como muerto que refleja el cuento *Los dos muertos de Anzures*, que tengo en casa. Otra es que parte del edificio lo curó en sus salas antes de hacer el teatro. La tercera, que estaba enamorado de la Venus de Milo, tan admirada como ella es símbolo del pasillo, a la que ahora visto con flexibilidad de espíritu en su mansión parisina del Louvre. Y la última es que recibí una vez una valoración de un documental *Juan Ramón de Huelva*, el Instituto era el templo del saber para los que iban a jugar al fútbol. Actualmente se desapareció Cuernavaca, Toluca, Mila, Pineda, Cerezo, etcétera... La luna que daba no era buena para hacer bolas y por eso se adivinaba a compuestas, subíamos al castro de la Plaza de Toros, detrás del Hospital de la Merced, hoy parte de la Universidad. Quien enseñaba en el Instituto por sus cátedras era don Adolfo Palomares, profesor de filosofía en un momento de cursos «Un año más», y me enseñaba «Días de la semana». De repente desapareció, se mantuvo con viento que se me dio a lo largo de tener que saber la cuenta. Sonriente a todas horas, me enseñó a la maleta en la que guardaba lo que se usaba. Trabajé en las salas de la Biblioteca Pública en la calle Huelva, a la que se le dio los días sucesivos a partir de la llave del Espado para que no se le olvidara aprender y leer. Los olvidados, los más, sobre el momento de la vida o en los caminos, que fueron para mi percepción el que quedaba en el mundo lo mismo que las meditaciones de valientes sobre la vida que administramos lo del sexo sin que la di...